

BURGOS 2025
DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS



EL RELOJ

Míralas, las conozco, las he visto muchas veces. Son comedidas y tímidas, aunque algunas, las pequeñas, son más revoltosas, pero las mayores enseguida ponen orden.

Cuando las veo sé que comienzan las vacaciones. Las de Navidad, o las de verano, como ahora. Son alumnas de algún colegio, sí, son escolares. Lo veo en sus modales y en su forma de hablar.

Me preguntáis cuántas son. En esta ocasión van cinco, pero a veces he visto solo a dos y otras veces son hasta siete. Mis observaciones no alcanzan a conocer la causa de las variaciones. Hoy voy a estar especialmente atento para poder daros noticia puntual.

Aunque algunos detalles se me escapan, la verdad es que os asombraríais si supieseis las cosas que sé de ellas. Son muchas horas observándolas, a veces hasta puedo leer sus labios. Se hacen querer, Lamento tanto no poder acercarme a ellas.

Llegan pronto, antes del mediodía ya están aquí. Llegan arrastrando una maletita, casi siempre beis o granate, de rayas grandes. Cuando las veo cargar con ellas, se diría que les pesa mucho, aunque cuando las abren se observa que están medio vacías. Tengo que poner más atención a lo que veo. Las dejan a los pies, protegiéndolas de posibles ladronzuelos. De vez en cuando una de ellas abre su maleta y revuelve un poco el contenido, pero solo mira, no saca nada. La otra le apremia a cerrarla.

Siempre con una enorme sonrisa buscan un banco vacío y lo ocupan con una cierta ostentación. Durante unas horas va a ser su aposento dentro de esta casa grande que es la estación.

Me he preguntado varias veces por qué vienen tan pronto, si el tren que cogen ellas no sale hasta por la noche. Quizás les han obligado a dejar el lugar donde estuvieran, y no tienen más remedio que pasar aquí largas horas. Quizás estaban

impacientes por llegar a la última etapa que les conducirá al encuentro con sus mamás.

Las he oído hablar de ello, prometiéndoselas felices ante los próximos abrazos. Si, es eso, llegan cuanto antes para estar preparadas para coger su particular expreso de medianoche.

Por turnos, para no cargar con la maleta y para no perder su asiento, hacen breves excursiones dentro del recinto de la estación. Dan vueltas alrededor de un kiosco donde venden la prensa y se detienen a mirar todo lo que pueden, intentan husmear detrás de cada puerta entreabierta. Suben una enorme escalera, y desde arriba miran a todos los lados, intentando ver algo de la ciudad. Al cabo de un ratito bajan jugueteando. Alguna vez se han dado un susto por ir demasiado rápido, Recuerdo cuando una de las pequeñas llegó a caerse, aunque sin consecuencias graves. Visitan los urinarios en más de una ocasión, unas veces por necesidad, otras veces para beber agua, otras veces simplemente para pasar el rato. Son muchas horas de espera.

Cada tren que llega a la estación es objeto de sus minuciosas observaciones, la gente que baja, los abrazos con los que esperan, las maletas que llevan, la ropa que visten, Hacen sus particulares observaciones, igual que yo mismo, elucubrando sobre los motivos de su viaje y el tiempo que piensan estar en la capital. Para ellas, la capital es sólo un paso necesario, y molesto, para alcanzar la meta de su desplazamiento.

La cafetería también es el destino de sus pequeñas excursiones, aunque este establecimiento les crea más problemas, temen ser vetadas o retenidas por los encargados, les da una cierta vergüenza, no consideran que sea lugar adecuado para entrar sin adultos.

Por fin una de ellas se ha aventurado a entrar. Ha tardado un ratito, no mucho, y ahora está transmitiendo la información obtenida a sus compañeras: productos a los que pueden acceder, formatos y precios. Sus posibles son escasos, no saben si pueden o deben gastarse un poco de dinero en algo

para entretener el hambre o en golosinas con las que alegrar su ánimo. He visto a las mayores resistirse ante la insistencia de las pequeñas, estas, más irresponsables mostraban más interés en gastar: un pirulí, unos chicles o unas bolitas, ¡son tantas horas de espera!

Sé que tienen dinero, pero no sé cuánto. He oído a una de ellas comentar con las demás que antes de salir del otro sitio, del colegio (si, vienen de un colegio en la cercana localidad de Aranjuez, ahora lo sé) les habían dado una pequeña cantidad de dinero para que tuvieran algo para gastar en verano. Las mayorcitas quieren guardar ese dinero para dárselo a sus mamás, pero las más pequeñas quieren gastárselo en golosinas. Tantas horas aquí dentro se les hace una eternidad.

El dinero lo llevan a buen recaudo. Al principio pensaba que lo tenían en la maleta, tantas veces como la abrían y la cerraban, pero después de observaciones más minuciosas puedo asegurar que lo llevan en una faltriquera, creo que lo llaman así. Se lo colocan debajo del vestido, y acceden a esa especie de bolsa a través de una raja lateral que tiene el vestido.

Discretamente, sacan un sobre y medio tapándose unas con otras, cogen de su interior uno o dos billetes de los pequeños. Lo cierran de nuevo, apresuradamente y miran con disimulo para ver si han podido ser vistas por alguien. Pobres niñas, lo que no imaginan es que yo, desde mi atalaya, las veo sin problemas y puedo observar todos sus movimientos.

Ahora estoy contento por ellas, por fin han decidido comprar un bocadillo para compartir entre dos, y lo están saboreando entre miradas y sonrisas de complicidad. Seguro que sus mamás también se alegrarían de verlas contentas, aunque a ellas las llegue un poco menos del dinero que tanta falta les hace. Las niñas hablan un poco más alto y ríen mientras dan fin a su festín.

Otra vez, con renovada vitalidad, se dedican a explorar, por turnos, cada personaje característico: los que transportan el equipaje, los señores de uniforme que dan salida a los trenes,

el señor del quiosco de prensa... y observan minuciosamente cada rincón de la estación: las taquillas, la consigna, las vías, el reloj... Me miran, sí, me miran muchas veces, con curiosidad, con impaciencia. Con deseo de ver moverse mis manillas a mucha mayor velocidad.

Como me gustaría complaceros niñas, adelantar mis manillas para que vuestro tren expreso llegue ya. El tren que os llevará a vuestras casas, junto a vuestras madres.